

## La nueva textualidad

(Conferencia)

José Sanchis Sinisterra

Como en otros países de Europa y de América, el teatro de texto conoció en España, a partir de los años sesenta del pasado siglo, una significativa desvalorización ante la irrupción de varios fenómenos convergentes: la creación colectiva, la expresión corporal, la recuperación del paradigma artaudiano sobre la “fiscalidad” del hecho escénico, la incorporación de las tecnologías audiovisuales, la sobrevaloración de la imagen frente a la palabra, la hipertrofia de lo espectacular y, como factor aglutinante de todas estas “nuevas tendencias”, el protagonismo del director como responsable de la verdadera **creación** escénica.

La obra dramática, es decir, la dimensión literaria del hecho teatral, pasó de ser — como era hasta los años cincuenta — el origen de la representación, el soporte del Sentido y el fundamento de la comunicación artística, a convertirse en un “material significativo” más, sometido a las intenciones expresivas del grupo o del director y, a menudo, manipulado y mutilado en función de otros propósitos semánticos y estéticos: mero **pre-texto**, en fin, del acontecimiento escénico.

La función autoral se desplazó, subrepticia o rotundamente, del dramaturgo al director de escena, que asumió además, en ocasiones con singular talento, toda la dinámica transformadora e innovadora del Sistema teatral. Si a esto añadimos el hecho de que muchos directores de renombre fueron designados por los poderes públicos para hacerse cargo de las instituciones teatrales — Centros Dramáticos, Teatros Nacionales, Regionales o Municipales etc. —, a menudo en estrecha relación

con los grandes Festivales internacionales, es fácil imaginar el insignificante papel que los autores — y, en consecuencia, la dramaturgia contemporánea — desempeñaron en el innegable florecimiento de la vida teatral española de las dos últimas décadas del siglo XX.

Con escasas excepciones, los autores que habían luchado por mantener la dignidad ética y estética del texto dramático durante los difíciles años de la dictadura franquista, se vieron relegados, en el período de la transición política y el establecimiento de la democracia (1976-1982), a un mero estatus testimonial y/o anacrónico, cuando no fueron simple y llanamente olvidados.

No obstante, bajo el fragor del teatro espectacular y los brillos del director-vedette, comenzó a insinuarse, a finales de los ochenta, un retorno discreto pero tenaz del teatro de texto — muy distinto, como veremos, del precedente — que incorporaba desde la escritura no pocas de las innovaciones introducidas por la efervescencia transformadora de los mejores creadores escénicos.

Esta “nueva textualidad” supo también encontrar un magisterio hasta entonces poco valorado en la obra de Beckett, Pinter, Handke, Müller, Bernhard, Koltès, Mamet... y otros autores que, algunos desde varias décadas atrás, habían estado cuestionando los fundamentos tradicionales de la dramaturgia y estableciendo las bases de un nuevo concepto de **partitura textual**, a la vez rigurosamente literaria y radicalmente escénica.

Este texto que “regresa”, de la mano de una nueva generación de dramaturgos — hombres y mujeres — y de algunos “supervivientes” del período anterior, presenta algunos rasgos característicos. Quizás por emerger del derrumbe de los grandes sistemas ideológicos y la crisis de las certidumbres políticas, filosóficas y éticas — todo ello sustituido por la vaga e hipócrita “panacea” llamada Mercado —, parece querer constituirse en una dramaturgia más interrogativa que afirmativa, más

alusiva que explicativa, apta para articular la palabra con los restantes códigos escénicos y, en particular, con el silencio.

La renuncia de muchos de estos autores a “predicar” y el uso de una palabra deliberadamente “insuficiente”, abierta a todo aquello que el discurso no puede decir, han hecho posible una escritura indagatoria que cuestiona las pretendidas leyes y reglas de la teatralidad y relativiza sus supuestos principios y parámetros convencionales: el espacio y el tiempo “newtonianos”, la identidad del personaje consigo mismo, la oposición entre lo épico y lo dramático, la lógica causal del encadenamiento de la trama, la noción misma de acción dramática, los nexos de continuidad y contigüidad... por no hablar de las ya caducas distinciones de géneros teatrales, modos y grados de figuratividad o registros estilísticos.

Todas las coordenadas de la teatralidad convencional están siendo revisadas — no necesariamente para rechazarlas — en una sutil y a veces intuitiva tarea de **deconstrucción**. Y los artífices de este implacable y prometedor regreso del texto son a menudo autores que rondan la treintena; es decir, jóvenes nacidos a la práctica dramática en plena apoteosis de la cultura audiovisual. Quizás como reacción a la saturación y banalización extremas de los nuevos “media”, la última generación de dramaturgos españoles — y parte de la anterior — está descubriendo la eterna modernidad de la escritura, su ilimitada capacidad introspectiva y transgresora.